

REDES Y EXPANSIÓN DEL NEOLÍTICO EN LA PENÍNSULA IBÉRICA

*Bernat Martí Oliver**

Resumen: Los grupos responsables de la expansión neolítica mediterránea están formados por unas pocas unidades familiares. La ocupación de tierras escasamente pobladas, el alto crecimiento demográfico y una estrecha relación entre ellos contribuyen al éxito del proceso. La uniformidad de la cultura material, creaciones artísticas y actividad económica prueban su integración en unas redes neolíticas amplias, que cubren extensos territorios y que aseguran la supervivencia de las comunidades y de las unidades domésticas que se escinden. Los grupos mesolíticos se integran paulatinamente en estas redes.

Palabras clave: Red neolítica, expansión mediterránea, unidad doméstica, mínima población viable.

Abstract: The groups responsible for the Mediterranean Neolithic expansion consist of a few households. The sparsely populated land occupation, high population growth and a close relationship between them contribute to the success of the process. The uniformity of material culture, artistic creation and economic activity are interpreted as signs of belonging to wider Neolithic networks covering this vast territory that ensure the survival of the small communities and the households that are split off. Mesolithic groups gradually integrate this network.

Key words: Neolithic network, Mediterranean expansion, household, minimum viable population.

Redes para la supervivencia

Entre los temas sugeridos por el Secretariado para ser analizados en la Mesa Redonda que cierra este congreso sobre Redes en el Neolítico, consideraremos la importancia de la “interacción” entre los primeros grupos neolíticos de la península Ibérica. Tanto en su cultura material, como en los testimonios de su actividad económica, encontramos un gran número de elementos que hablan de contactos, de circulación o de intercambio de bienes entre aquellas comunidades agricultoras. En particular, las decoraciones cerámicas y algunas de sus creaciones artísticas hablan de una identidad compartida y traslucen un mismo universo religioso. Pues bien, nuestra reflexión tiene por objeto valorar esta relación entre las primeras comunidades neolíticas mediterráneas en tanto que se trata de una actividad necesaria para asegurar su continuidad, en concreto para el éxito del proceso de expansión que llevan a cabo a lo largo de un milenio, desde las costas del mar Egeo hasta las de la península Ibérica (Martí 2008).

En esencia, el modelo actual sobre los inicios del Neolítico otorga el protagonismo a unos pequeños grupos de agricultores que con el paso de las generaciones van fundando nuevos asentamientos, ocupando las tierras que

circundan sus lugares de habitación. El tamaño de estos grupos es una de sus características más importantes ya que, a lo largo de las costas mediterráneas, comprobamos que siempre se componen de un reducido número de miembros. Los poblados neolíticos, sobre la base de una economía productora, experimentan un elevado crecimiento demográfico, dando lugar a la llamada Transición Demográfica Neolítica, sin embargo este crecimiento generación tras generación no se traduce en un aumento indefinido del tamaño de la comunidad que, al menos desde el mar Tirreno a las costas atlánticas, no sobrepasa el de unas pocas unidades domésticas. Parece existir, pues, un límite a la dimensión del grupo que está lejos de la capacidad de soporte del área donde se asientan y que hemos de explicar como una característica de su organización social. Al igual que en muchas otras cosas, estas comunidades neolíticas se apartan de las del Próximo Oriente, donde los primeros poblados de grandes dimensiones corresponden a los grupos epipaleolíticos y después a los neolíticos.

* SIP i Museu de Prehistòria de València. Bernat.Marti@dival.es

Volviendo al Mediterráneo, un crecimiento demográfico sostenido, a la vez que se mantiene la limitación en el tamaño del grupo, implica que éste ha de fisionarse cada pocas generaciones, de modo que algunas de sus unidades familiares abandonan el grupo para fundar un nuevo asentamiento. Pues bien, en esta fragmentación y recolocación de las familias incide la interacción entre nuestras comunidades neolíticas puesto que, de acuerdo con la reducida dimensión, tanto de las ya asentadas en un territorio, como de las que van segregándose, la relación entre ellas es necesaria para su su-

pervivencia. Máxime, hemos de destacar, cuando se ocupan territorios no poblados, caso de gran parte de la costa mediterránea que parece estar poco frecuentada por los grupos epipaleolíticos-mesolíticos en el periodo que corresponde a los inicios del Neolítico. Para las pequeñas comunidades que colonizan estos espacios es vital mantener el vínculo con su grupo originario, y por extensión con el resto de grupos interrelacionados que ocupan territorios vecinos. Su propia continuidad depende, pues, de su integración en la correspondiente red neolítica.

Epipaleolíticos y neolíticos

En el horizonte previo al primer Neolítico constatamos en la Península la existencia de relaciones entre los grupos epipaleolíticos de territorios muy alejados. En torno al 5600 cal BC, el estilo de los microlitos geométricos muestra notables coincidencias entre las fachadas mediterráneas y atlánticas, caso de los triángulos de tipo Muge o Cocina, que apuntan a un origen común y a estrechas conexiones. Compartir el estilo de la cultura material significa tradiciones comunes, tal vez sentimientos de identidad e indudablemente la existencia de amplias redes sociales, sustentadas en la movilidad de las pequeñas bandas, a través de las cuales circulan objetos, materias primas e ideas. Así se interpretan las conchas perforadas de *Columbella rustica* que se encuentran en numerosos yacimientos de las cuencas altas de ríos que desembocan en el Mediterráneo, como el Ebro y el Ródano. Una presencia que nos habla de intercambios entre grupos cazarecolectores que se realizarían siguiendo los cursos de los ríos y que pondrían en contacto los territorios costeros con el interior continental (Álvarez 2007: 5).

Sobre este panorama de los grupos cazarecolectores, el Neolítico ha de considerarse como una ruptura. Con los

datos actuales, ca. 5600 cal BC, los núcleos de población del primer Neolítico ocupan zonas no pobladas, aunque posiblemente sí frecuentadas con cierta regularidad, como ocurre en el caso de Cataluña, la mayor parte de Andalucía y del País Valenciano, el bajo Mondego, la Estremadura portuguesa y posiblemente el Algarve. En todos sus asentamientos, trátese de poblados o de cuevas, la economía productora y la cultura material de estos núcleos neolíticos remiten a relaciones entre ellos, a modo de redes que abarcan extensos territorios hasta cubrir el mar Egeo, las orillas del Adriático, Sicilia, costas tirrénicas de Italia, Córcega y Cerdeña, sur de Francia, península Ibérica y norte de África. Redes de pequeñas comunidades productoras sin relación genética con los grupos epipaleolíticos locales. Como luego veremos, el sustrato local se incorporará o convergirá con los grupos neolíticos en distintos territorios y tiempos, pero no hay redes mesolítico-neolíticas decisivas para los comienzos de la neolitización peninsular. De modo que, volviendo al punto anterior, esta “soledad” de los grupos neolíticos requiere de una estrecha interrelación que asegure su viabilidad.

Expansión de pequeñas comunidades agricultoras

En apenas un milenio las zonas costeras mediterráneas son ocupadas por agricultores y ganaderos de largas generaciones. La transición a este modo de vida se ha generado mucho antes en el Próximo Oriente. Allí los grupos epipaleolíticos se han sedentarizado, estableciendo redes entre sus extensos asentamientos. “*The construction of whole systems of symbolic representation, in the form of settlement form and monumental architecture marked with images and accommodating ceremonies [...] begins only around the end of the Epipalaeolithic and beginning of the Neolithic in parts of south-west Asia*” (Watkins 2010: 11). Tras los inicios del holoceno, los grupos ya productores alcanzan Chipre y Anatolia, y más tarde la Europa continental y mediterránea.

El primer Neolítico de Grecia guarda una directa vinculación con los colonos de origen levantino o sudanatólico,

a la vez que se aparta de aquellos en lo que se refiere al modelo de sociedad. Ahora los poblados acogen una población sensiblemente inferior a la de las grandes aldeas del PPNB y carecen de los edificios y prácticas ceremoniales conocidos en aquellos asentamientos. Se ha destacado que es una nueva forma de sociedad la que se crea en Grecia, manifestada por esta menor dimensión de los poblados. Las diferentes estimaciones, como las de French y Halsead sobre los yacimientos de la Tesalia, atribuyen entre 40 y 80 habitantes a los poblados más pequeños, y de 120 a 240 habitantes a los más grandes, con un máximo alrededor de 300. “*This figure would have been precisely the limit of an egalitarian society, in order to avoid internal conflicts*”, nos dice Perlés (2001: 297-298), quien también ha destacado las evidencias de intercambios como exponentes de una relación necesaria para la supervivencia. Y

también, la mayor abundancia de elementos de “culto” cuanto más densamente poblado está el territorio, debido a la mayor complejidad de la sociedad y la más intensa competición entre sus miembros.

Tras expandirse por el Egeo, el proceso alcanza el Adriático y el Tirreno, protagonizado asimismo por comunidades que agrupan un reducido número de familias. En Italia, Robb (2007: 91) señala que el número de unidades domésticas que forman un asentamiento es variable de acuerdo con el número de sus estructuras constructivas, desde unas pocas a decenas, si bien no podemos determinar cuantas de ellas fueron contemporáneas. *“As a generalization, we can perhaps imagine most Neolithic Italians as living in communities of somewhere between one or two and ten huts, with a commensurate population of less than a hundred”*. Entre las excavaciones recientes, en el poblado de Favella, cuya fase inicial corresponde a los siglos iniciales del sexto milenio a. de C., los datos apuntan a la presencia simultánea de entre 9 y 12 cabañas, con una población potencial entre 35 y 70 habitantes. Un modelo de pequeño poblado que sería compartido por muchos otros

yacimientos del Neolítico inicial de Italia, como Trasano, Torre Sabea y Rendina. *“Moreover, this trend towards relative complexity of the settlement pattern, seems to typify the earliest Neolithic villages in the rest of Europe, too, identifying some kind of colonial model, which evidently was more appropriate to the domestication of virgin territories in the sense indicated by I. Hodder (1990)”* (Tiné 2009: 592). Estas cifras y modelos también concuerdan con lo propuesto para el LBK, cuyos poblados no sobrepasarían las 5 ó 6 casas ocupadas sincrónicamente, con una población entre 150 y 260 individuos, de modo que *“les conflicts éventuels y auraient été réduits à cinq sources ou, si l'on préfère, à cinq unités domestiques élargies”* (Coudart 1998: 113). Y, lo que más nos importa ahora, podemos proyectarlos sobre la península Ibérica, en la que estos pequeños poblados con un modo de vida plenamente agricultor van extendiéndose por las zonas costeras, incluyendo la ocupación de algunas de sus cuevas, de donde se expanden hacia el interior. De ellos es ejemplo el poblado de la Draga, cuya población estimada no alcanzaría más allá de 100-150 personas (Bosch, Chinchilla y Tarrús 2000).

Difusión démica, infiltración, integración

Las dataciones absolutas son concluyentes respecto a la gradación general E-O del primer Neolítico en el Mediterráneo aunque, como cabe esperar, el proceso no es estrictamente direccional ni mucho menos avanza a un ritmo constante. Además, los nuevos poblados y cuevas habitadas por estos agricultores y ganaderos pueden dejar considerables espacios vacíos entre ellos y sus lugares de origen, lo que contribuye a explicar esa aparente gran velocidad de su expansión ya que, en poco más de un milenio, pequeñas comunidades productoras de alimentos están asentadas en todo el ámbito mediterráneo. Bogucki (2003) ha destacado cómo este proceso colonizador en el caso de la cultura LBK puede explicarse sin recurrir a desplazamientos de grandes grupos. En realidad, la generación de los nuevos asentamientos se debe sólo a unas pocas unidades familiares que se separan del poblado y, para ambas partes, lo decisivo es que comparten un fuerte sentimiento de identidad, de modo que los nuevos poblados se integran en una red que, entre otras cosas, asegura su viabilidad demográfica.

En el Mediterráneo occidental se ha hablado de grupos pioneros a cuyo modo de vida se asocian las plantas y animales domésticos o nuevas tecnologías como la cerámica. Materias primas transportadas a grandes distancias, como la obsidiana de las islas Palmerola y Lipari, apuntan a la navegación, como muestran las piraguas monoxylas del poblado de La Marmotta cuya forma sugiere que podrían afrontar la mar abierta. Estos factores se involucran, por ejemplo, en la interpretación del yacimiento de Roque Haute, donde encontramos obsidiana de Palmerola y cerámicas que se relacionan con la isla de

Giglio. Son los grupos de la *“pioneer maritime colonization”* expuesta por Zilhao (2001), que en algunos territorios peninsulares, como en la mitad meridional del País Valenciano, muestran que la red neolítica se consolida prontamente.

Se ha contemplado hasta aquí una colonización inicial de espacios vacíos o escasamente frecuentados por grupos epipaleolíticos. Pero, sin duda, el proceso tiene mayor complejidad y una diversidad regional, de las que podemos tomar como ejemplo el modelo propuesto para el primer Neolítico del Adriático. Como exponen Miracle y Forenbaher (2006: 508-519), es necesario contemplar alguna forma de transferencia o desplazamiento de población en el proceso de expansión del Neolítico y nos recuerdan las seis formas enumeradas por Zvelebil y Lillie que pueden haber sido importantes en la transición a la agricultura en Europa: difusión démica, migración de pueblos, dominio de la élite, infiltración, colonización por saltos, y movilidad individual fronteriza. Con los datos actuales, Miracle y Forenbaher piensan que varios de estos procesos fueron importantes en la expansión de las comunidades agricultoras a lo largo de la costa oriental del Adriático. Así, el proceso se inicia en el límite S, con la adopción de la cerámica y animales domésticos en el contexto de grupos mesolíticos pequeños y de movilidad estacional. La primera cerámica en Sidari, ca. 6500 cal BC, sería el resultado probablemente de su adopción por grupos mesolíticos, a través del intercambio con otros grupos, como resultado de la “movilidad individual fronteriza” entre indígenas mesolíticos y potenciales colonizadores neolíticos. Pero

habrá que esperar hasta ca. 6200 cal BC para que aparezca la primera cerámica impresa en Sidari, asociada a los animales domésticos y a cambios en el conjunto de la cultura material, con una distribución costera y en muchas islas del Adriático que marca el inicio de una colonización por saltos marítima, debida a pequeñas comunidades pioneras. A estas comunidades, después, en una segunda etapa de la colonización, corresponde la expansión agro-pastoral también asociada a la cerámica impresa que alcanza Istria, en el N del Adriático, ca. 5750 cal BC. Y, por otra parte, más allá de la franja costera, en la parte meridional del Adriático y en Albania, la cerámica y otras innovaciones neolíticas se difunden a través de contactos entre agricultores y caza-recolectores, bajo la forma de alguna variante del proceso de movilidad individual fronteriza.

Si regresamos a nuestra Península, un abanico de posibilidades semejante nos ha de llevar a considerar especialmente el papel que corresponde a los grupos mesolíticos.

La cuestión es si hubo interacción entre los primeros grupos neolíticos y aquellos mesolíticos, lo que en términos de industria lítica equivale a preguntar si existe la fase C del Mesolítico geométrico. Es posible, aunque resulta difícil probar su existencia ya que no parece tener relevancia en casos como Cataluña o el País Valenciano, aunque sí se ha propuesto para otros territorios, como en el Bajo Aragón (Juan-Cabanilles y Martí 2007-2008). Sin duda, hemos de aceptar la interacción entre substrato y nuevos habitantes, y podemos considerar que algunas áreas como el Bajo Aragón o zonas de la fachada atlántica fueron el escenario de una fase C. Pero no parece decisiva esta interacción aunque sí valoremos una paulatina incorporación de los mesolíticos al modo de vida neolítico. Ni las redes mesolíticas parecen tener un papel protagonista en los inicios del Neolítico peninsular ni hay redes mesolítico-neolíticas como mecanismo general y básico del proceso. La conclusión es que lo decisivo es la red neolítica.

Redes y relaciones supralocales

Los elementos identitarios, y en general las creaciones culturales específicas que recubren áreas concretas, expresan los lazos que unen a los asentamientos neolíticos. La actividad económica, la circulación de elementos cualesquiera que haya sido el modo de intercambio y en particular las creaciones artísticas, como las decoraciones cerámicas o las pinturas rupestres, traslucen una manera de vivir y un mundo religioso compartido por las comunidades de un territorio. Si uno de los mecanismos principales en el sostén de las redes paleolíticas y mesolíticas era la movilidad residencial, las redes neolíticas se traducen en el poblamiento, en la ocupación y explotación de un territorio durante generaciones, ahora surcado por caminos que unen poblados y cuevas habitadas, o que conducen a necrópolis, campos de cultivo, rediles y cazaderos.

Lo importante es que las relaciones entre los grupos neolíticos constituyen la base sobre la que consolidar el poblamiento de un territorio, de modo que importa mucho lo supra-local para asegurar la propia supervivencia. De

ahí la necesidad de invertir un esfuerzo considerable en la esfera de lo simbólico, en conservar tradiciones y modos de vida, en el ceremonial y los ritos capaces de potenciar la unión en el interior del grupo, pero también entre los grupos de un territorio. Los abrigos con arte rupestre que consideramos santuarios, como los del Pla de Petracos, forman parte de estos mecanismos de cohesión, al igual que los vasos con decoraciones simbólicas y otros elementos de la cultura material, como los tubos de hueso considerados instrumentos musicales, que hablan de la importancia del ceremonial, que acrecienta el sentimiento de identidad y pertenencia, alimentando estas redes de supervivencia. De manera que estas pequeñas comunidades que parecen caracterizarse por una marcada igualdad en lo social, económico e ideológico, de acuerdo con la importancia de su interacción, tal vez pudieron sustentar estructuras supralocales en las que se reconocerían. Unas estructuras que se visualizan en las culturas arqueológicas regionales que emergen apenas trascurridos un par de siglos de la primera ocupación.

Bibliografía

- ALVAREZ, E. 2007: “Los colgantes de los grupos de cazadores recolectores de Europa: las materias primas y sus fuentes de aprovisionamiento”. *Acercándonos al pasado*. MAN. Madrid.
- BOGUCKI, P. 2003: “Neolithic dispersals in Riverine Interior Central Europe”. In A. J. Ammerman and P. Biagi, (eds): *The Widening Harvest*: 249-272. Archaeological Institute of America. Boston.
- BOSCH, A., CHINCHILLA, J. y TARRÚS, J. (coords.) 2000: *El poblamiento lacustre neolítico de La Draga. Excavacions de 1990 a 1998*. Museu d'Arqueologia de Catalunya, Monografies del CASC, 2. Girona.
- COUDART, A. 1998: *Architecture et société néolithique*. Documents d'Archéologie Française, 67. Paris.
- JUAN-CABANILLES, J. y MARTÍ, B. 2007-2008: “La fase C del Epipaleolítico reciente: lugar de encuentro o línea divisoria”. *Veleia*, 24-25: 611-628.
- MARTÍ, B. 2008: “Cuevas, poblados y santuarios neolíticos: una perspectiva mediterránea”. In M. Hernández, J. Soler y A. López (coords.): *Actas del IV Congreso del Neolítico Peninsular*, vol. I: 17-27. MARQ. Alicante.
- MIRACLE, P.T. y FORENBAHER, S. 2006: *Prehistoric herders of northern Istria. The archaeology of Pupicina Cave*, vol. 1. Archaeological Museum of Istria. Pula.
- PERLÈS, C. 2001: *The Early Neolithic in Greece*. Cambridge University Press. Cambridge.
- ROBB, J. 2007: *The Early Mediterranean Village*. Cambridge University Press. New York.
- TINÉ, V. 2009: *Favella, Un villaggio neolitico nella Sibaritide*. Museo Nazionale Preistorico Etnografico “L. Pigorini”. Roma.
- WATKINS, T. 2010: “New light on Neolithic revolution in south-west Asia”. *Antiquity*, 84: 621-634.
- ZILHÃO, J. 2001: “Radiocarbon evidence for maritime pioneer colonization at the origins of farming in west Mediterranean Europe”. *Proceedings of the National Academy of Sciences USA* 98: 14180-14185.

